

MARIANO
SILVESTRONI

PV

UN
THRILLER
LEGAL

 Planeta

Mariano Silvestroni

Py

PRINCIPIO

Casi al final del día tras el informativo de las diez, la voz serena y áspera del Negro conquistaba la radio y aplacaba la angustia de los corazones solitarios. Los años se evaporaban veloces y turbulentos, pero el Negro seguía dando pelea, disputando la cima del rating y toreando sin miedo a las cadenas de internet; acodado allí, en esa emisora de AM que llegaba a cualquier rincón y agujereaba las paredes de hormigón de los subsuelos y también de las prisiones; una frecuencia latosa que llenaba los silencios del hablar del Negro con un crepitar lejano, como el de una púa vieja rascando vinilos cubiertos de polvo.

En esa noche brumosa y sin luna, la voz del Negro dejaba entrever su enojo. No gritaba ni elevaba el tono, pero se adivinaba. Durante el día cometió la torpeza de ver demasiada televisión y lo confesó. Chorreaba sangre. Y eso que no llegó a la hora pico porque debía llegar a la radio. A esas horas, durante el *prime time*, transcurría lo succulento. La misma sangre pero refinada, vomitada desde las entrañas de los pensantes, los eruditos. Se salvaron de su diatriba.

Noches Blancas (así se llamaba el programa) era indefinible, porque el Negro no hablaba de nada en especial, pero hablaba de todo; y así, de tanto hurgar en lo sencillo pero trascendente, se había convertido en un filósofo noctámbulo, de la filosofía del bar, del rock y de los tangos.

El Negro trató de evadirse, de la tele y de la sangre y retrocedió en el tiempo como gustaba a sus oyentes. Se transportó a su niñez, a su casa en el conventillo de la Paternal. Todavía, en las mañanas, creía sentir el roce suave de la mano de su madre. Fría

por el agua de la canilla con la que lavaba la ropa rasgando el pan rectangular de jabón duro. Le acariciaba una mejilla bien temprano porque el Negro madrugaba, y la miraba mientras se estiraba y se sonreían. El Negro se levantaba sin protestas y caminaba por el patio al que daban las puertas con postigo y las ventanas de las piezas de los vecinos, y eludía el árbol erguido en el centro del cantero circular de losetas celestes y blancas, rumbo al baño del fondo, un rectángulo frío que albergaba una pileta percutida, la ducha alimentada por un pequeño pero resistente calefón Universal y un agujero de loza debajo del depósito del que colgaba la cadenilla y su borla ovalada de madera pulida y pesada como el mármol. Había sido feliz en el conventillo y también en la vereda donde los pibes se juntaban según las edades; los más chicos obedecían a los más grandes y todos, a los adultos, a cualquier adulto que les pegara un reto.

En aquel conventillo de pura felicidad la radio era un agujero de gusano interconectado con el mundo; la novela, las milongas, las noticias que cruzaban el Atlántico, allá estaba la sangre. El Negro quiso comparar aquellos pibes con los de ahora, la radio de pocas frecuencias, con las redes y el laberinto digital. Se puso nostálgico, a todos les llega.

Los jóvenes no lo conocían. Ni a él ni al programa ni a la emisora. Casi que no sabían qué era una AM. Pero millares de almas solitarias lo seguían religiosamente buscando un consuelo al ocaso del día, la compañía que nunca tuvieron o perdieron o que simplemente les robaban las redes sociales o los programas de bailes y destreza mental.

En el living junto al sillón, el juez federal lucía con orgullo su vieja Motorola revestida en cedro, con la aguja roja clavada en el dial que daba vida a *Noches Blancas*; la perilla de madera cubierta de polvo no se tocaba ni para limpiar, eso habría sido un sacrilegio. Se arrojó sobre los almohadones sosteniendo una copa de tinto de la botella de la noche anterior; el traje había volado en el dormitorio y en short y remera se quedó mirando el cielorraso blanco, salpicado de sombras que se colaban por la ventana y en las que de tanto en tanto reconocía los cuerpos y las almas que había atormentado durante el día. El Negro lo confrontaba con el mundo, le recordaba que además de juez era un ser humano

y que había otros, muchos más, con vidas verdaderas, que se la rebuscaban en el almacén y batallaban con la cuenta de la luz y del gas, con familia, hijos y padres, parejas para conversar. El Negro hablaba seguido y bastante de esa gente y Andrés Balaguer recordaba que había sido uno de ellos; allá lejos antes del nombramiento, de los trajes italianos y de los sobornos, antes de Comodoro Py, la cápsula que lo guarecía y también lo aislaba de la vida real. *Noches Blancas* lamía las heridas de su soledad y lo ayudaba a fugarse unos instantes aunque fuera en ensueños. Y entonces, como el Negro en su niñez, oía ese mensaje transatlántico en una Motorola recién estrenada que lo transportaba a un mundo lejano que debía colorear y adivinar.

El Negro decía poco de la política, de esa que se hablaba en todas partes. A veces, de la justicia, pero a Balaguer lo lastimaba y apagaba la Motorola. Lo mismo hacía con sus novias cuando le preguntaban demasiado por Comodoro Py. Cambiaba de tema y si insistían no las veía más. Decía el Negro que no embocaron ni una, que se pasaron de rosca con los aumentos, que la pobreza voló; que la gente tronaba de bronca, pero que nadie le decía la verdad; los de antes pontificaban como si vinieran de Marte, los de ahora como si hubiesen asumido ayer, y los del medio, en fin, se les notaban demasiado los hilos de amateurs. ¿Zafaremos?, preguntaba el Negro. Claro que no, respondía Balaguer, hay demasiada gente como yo.

Chilló el teléfono de línea, otra antigüedad. El juez atendió, pero tras un suspiro casi inaudible le cortaron. Un recordatorio, el de cada día. Aquí estamos, Andrés, y sabemos que estás ahí, en tu living impecable acomodado al estilo Feng Shui, escuchando esa radio de mierda, tu única compañía, porque si tuvieras familia vivirías perseguido comprando protección para que no la borremos del planeta. En eso fuiste astuto, no sos presa fácil como los otros y por eso arriesgaste. Pero estamos atentos y a la espera; somos pacientes y, sobre todo, perseverantes. Lo tengo claro y no lo olvidaré, respondió Balaguer con el pensamiento, mientras colgaba el auricular negro de baquelita que llevaba consigo desde que abandonó aquel departamento diminuto de Flores, que alquilaba cuando era pinche del Juzgado Correccional número 6.

Poco antes de la media hora el Negro lanzó la tanda cortita que anunciaba el primer tema del programa. Esa noche era turno de tango. «Un boliche», con la orquesta de Aníbal Troilo y la voz todavía límpida del Polaco Goyeneche.

Balaguer apoyó la copa y se paró. Caminó hacia la pared revestida donde se escondía, empotrada, la caja fuerte de hierro fundido. Presionó un pestillo oculto y las hojas de madera del falso revestimiento se desplegaron con suavidad. Hilvanó la clave número a número; derecha, izquierda, izquierda, derecha, derecha. La abrió. En el doble fondo de la caja yacían los sobres que envolvían los pilones de euros en billetes de quinientos. Ese compartimento se abría con su huella dactilar, pero si era forzado los billetes se incinerarían junto con los señuelos para desviar la atención. Cualquier pericia hablaría solo de papeles quemados, simples papeles, y no podrían achacarle jamás su pequeña fortuna. La voz de la avaricia le suplicaba que quitara los billetes de esa trampa mortal, pero no eran más que un vuelto para una situación de emergencia. Pronto los necesitaría.

Tomó las fotos del primer estante, las que se llevaría, y las apoyó en la mesa ratona. Desde la cartulina más grande el rostro de Paula lo amonestaba; ojalá pudiese alguna vez decirle toda la verdad.

En el segundo estante guardaba las llaves de otras cajas y otras puertas que solo él conocía; las sacó y las acomodó en hilera una junto a otra sobre la mesita. Debía repasar qué significaba cada una. Miraba una llave y visualizaba la puerta o la caja, sabía dónde quedaba aunque no recordara la dirección. Los datos estaban almacenados y a buen resguardo en el éter, pero en ese momento debía estar atento a cualquier sorpresa: la memoria no podía confiar. Repasó las llaves una por una mientras, desde la Motorola, Pichuco y el Polaco retrataban la parada obligada de los hombres en los años cincuenta; el tute, el cantor, la vecina enojada, la nena buscando al papá. Se felicitó por la buena memoria, y más aún porque su pequeña fortuna reposaba oculta, a resguardo de la Agencia de Inteligencia que solo podría extorsionarlo con sus descuidos: tres inmuebles de valor opinable, un par de autos de gama exagerada, viajes irrealizables con el sueldo de un juez federal. Ante una denuncia, estaría en condiciones de arañar una

explicación ajustada, pero eso era lo de menos. A diferencia de sus colegas de Py, él contaba con un plan infalible para eludir la cacería implacable que se avecinaba.

La voz del Negro volvió tras el tango y recordó que al otro día se cumplirían dos semanas desde «la masacre de Gendarmería». El asunto lo ponía lúgubre e irascible. No digería que sus colegas hicieran como si nada, que apoyaran esa política estúpida de atrocidades anunciadas, que hayan sepultado el asunto tras solo un par de días de cobertura. Él se había propuesto hablar del caso por lo menos una vez a la semana. Haremos un programa especial, anunció el Negro, no solo para recordar la historia de las víctimas sino también las mentiras alrededor de la masacre y el silencio de quienes se dicen a sí mismos periodistas. Así como entró salió del tema que se le había escurrido de los labios. No quería saturar, ya le dedicaría el programa siguiente.

Pero el Negro andaba con ganas de pelear y de que lo pelearan y se puso a hablar mal de los argentinos. Eso le gustaba a Balaguer: que todos fueran malos y no solo él y los que mandan. Pero el Negro quería decir otra cosa.

Primero despotricó contra el médico que visitó el fin de semana; dijo que no se podía atender a un paciente en cinco minutos ni auscultar un vientre como si se acariciara a un perro; después atendió sin piedad a las otras profesiones universitarias y al final la emprendió contra el electricista. El otro día lo llamó para colocar una tulipa en la cocina, la empotró en el techo, se veía preciosa. Al rato el Negro encendió la luz y la tulipa se cayó: quedó colgada del cable porque el oficioso argentino de excelencia mundial la había asegurado con una varilla de plástico que se derritió con el calor. Por suerte lo ayudó el carpintero, Juan, el paraguayo; ya no hay como él. Estaba reparando un armario del cuarto y se hizo cargo de la lámpara y la colocó como correspondía. «¿Para qué llamé al electricista?», se preguntó el Negro. Dijo que estaba cansado del verso argentino. Los buenos profesionales que invaden el mundo, los más inteligentes. «Eso es toda mentira, señores», sentenció; anticuado el Negro, ni siquiera incluyó a las señoras. No somos eso, o ya no lo somos más.

Balaguer abrió otra botella de tinto: el Negro tiene razón, pensó. Él también era una farsa; casi que no sabía nada de Dere-

cho, pero era juez desde hacía más de veinte años. En el juzgado los pibes eran troncos que apenas hacían bien una que otra tarea mecánica. Dos, tres tal vez, estaban capacitados para escribir una resolución que superase la mediocridad y por si eso fuera poco, ellos, los jueces y los fiscales, los entrenaban para convertirlos en burócratas despiadados, enemigos de las almas que lloraban sus angustias en la mesa de entradas, en los pasillos y en los calabozos. Si su juzgado funcionaba y también los demás, era solo porque se dedicaban a escupir formularios rutinarios, huecos de sentido y de humanidad.

Vació la botella escuchando *Noches Blancas* y se fue a dormir. Al día siguiente daría el primer paso para su liberación.

COMODORO PY

El camión del Servicio Penitenciario, de un gris plomizo y atemorizante, lanzó un silbido grave cuando se detuvo frente al edificio de la Armada. Lo escoltaban seis coches de Prefectura, la fuerza de confianza del juez Orozco para asegurar el traslado. Uno de los autos giró en U hacia la mano contraria y se detuvo frente al ingreso oeste de los tribunales de Comodoro Py.

La calle desierta y el edificio en penumbras, cubierto de una neblina pegajosa, podrían servir de escenario para una película apocalíptica, una de zombis vestidos a rayas que descuartizan y devoran a jueces y fiscales en retribución por los años de dolor que reparten día a día, que pueden acumular vidas enteras, centenares, miles de años en esos agujeros fétidos que representan el derecho moderno, el de la civilización. Eran las tres de la mañana y en pocas horas el tráfico pesado invadiría la ciudad, desvaneciendo el hechizo y la ilusión; todo volvería a la normalidad: los camiones y sus gritos animales lanzando amenazas a los pobres diablos obligados a circular por esa avenida sin sentido ni glamour, ignorantes de los depredadores que habitaban a los costados; las grúas gigantescas que parecían afanarse en reconstruir los despojos de una guerra retomarían su bamboleo de escombros y piezas como de Lego con las que armaban autopistas y puentes.

El camión gris desvencijado y con cara de ogro siguió los pasos del auto escolta y se zambulló en las entrañas del ex edificio de Vialidad Nacional, sin que los periodistas de guardia en los móviles frente a la escalinata le prestaran atención. Si hubiesen sospechado quién viajaba en el furgón habrían volado como buitres

tras la foto con la que ilustrar un capítulo más de la novela que se tejía a diario en ese edificio y en las tapas de los diarios, y que luego recorría tramas de realismo mágico en los canales de televisión.

Oscar Salvatierra, el empresario emblema del gobierno anterior que multiplicó por treinta el valor de sus empresas, el agraciado que ligó la obra de ingeniería más importante en un siglo de historia argentina; cuando fue el cambio de administración, tras los primeros escarceos de los juzgados federales, fue el primero en visitar la prisión. Nadie olvidaba los allanamientos televisados, las perforaciones en sus estancias de Tandil en búsqueda de bóvedas y billetes enterrados que jamás aparecieron, la demolición calculada del grupo de medios de comunicación que el empresario había erigido para hacer propaganda de gobierno y, de paso, cobrar millones en publicidad oficial. Lo que no se tenía muy presente, porque los periodistas no hicieron batahola con eso, fue la cesión de aquella obra monumental de ingeniería a un empresario amigo del nuevo Presidente. El nuevo Salvatierra, le decían algunos.

El recluso más famoso del país bajó encapuchado y ladeado de prefectos, aunque nadie estaba allí para fotografiarlo y tirar su imagen al coliseo que embelesaba a la parte pensante de la población. En cinco minutos yacía en su pequeña celda del subsuelo a la espera de que las horas se esfumasen para volver a declarar ante el juez Orozco, el implacable, el que llevaría tras las rejas a los ex inquilinos de la Casa Rosada, antes de pedir su jubilación y retirarse por la puerta grande.

Ya estaba acostumbrado a la amansadora. Con el cuento de la seguridad lo trasladaban de noche, dos, tres, cuatro horas de viaje según se le antojara al servicio, tiritando de frío en invierno y deritiéndose en verano. Lo arrojaban en una de las celdas hediondas del subsuelo de Py y lo subían varias horas después, cuando a los empleados del juzgado les viniera en gana tomarle declaración o notificarle lo que cuernos quisieran notificarle de forma personal. Era la sexta vez que hacía ese viaje innecesario. Nunca había aceptado declarar, nunca lo notificaron de nada que ya no supiera por su abogado o porque se hubiera hecho público el día anterior en los noticieros.

—Otra vez paseando —dijo una voz en la celda vecina. Salvatierra aguzó la vista y apenas distinguió un bulto tras los barrotes. La figura oscura se movió; una mano parecía saludarlo.

—¿Nos conocemos? —preguntó a desgano, sin intención de entablar conversación.

—A vos te conoce todo el país. —El otro preso emitió un sonido que parecía una risotada—. A mí, bastante menos. Solo me acusan de exportar mil kilos de cocaína a Holanda. «Operación miel blanca»; habrás escuchado.

—Ah, sí. Llevaban cocaína líquida diluida en miel.

—Eso dice el Fiscal. —El hombre lanzó una risa estruendosa—. Soy Esteban Arancibia, un gusto conocerte.

—Veo que a vos también te trasladan de noche.

—No. Yo tengo juicio los martes y miércoles así que me dejan una noche por semana durmiendo acá. El lugar apesta, pero zafo de un par de traslados.

Durante unos minutos permanecieron callados, Salvatierra se acomodó en la litera boca arriba y estuvo a punto de conciliar el sueño.

—¿Para qué te trajeron? —preguntó Arancibia.

—Ehhh no sabría decirte.

—Te están ablandando para que cantes como arrepentido. Te llevan, te traen, un día te muelen a palos durante un traslado o te tiran a dormir en alguna unidad complicada con un par de fisurados; y así te van perforando la moral. A mí me lo hicieron durante el primer año hasta que se rindieron. Querían que de late a un par de rusos que viven en Francia.

—¿Por qué no aceptaste?

—¿Vos qué opinás?

—Entiendo.

—¿Y vos? ¿Aceptarías?

Salvatierra se paró y se acercó a los barrotes. El sueño se le había esfumado y un atisbo de bronca reverberaba por sus venas. Al comienzo de sus vacaciones forzadas en Ezeiza no se habría animado, pero a esa altura estaba curtido. Si algo le enseñó la cárcel fue a convivir con la violencia, a temerle menos, a pararse de manos cuando era necesario.

—¿Qué pasa? ¿Te pusieron acá para ablandarme? —protestó

Salvatierra, enérgico pero sin alzar demasiado la voz para que no escucharan los guardias.

Ya lo habían presionado durante esos meses de encierro. La primera vez lo hizo Orozco, el juez del momento, en presencia de tres empleados del juzgado que parecían sacados de una película judicial de la década del setenta. Lo rodearon mientras él estaba esposado a una silla; el más corpulento y tosco le clavó la mirada y se la sostuvo por minutos casi sin parpadear; le prometieron el peor de los destinos si no se arrepentía de inmediato. Él ni se inmutó. En otra ocasión (durante otro traslado innecesario) lo abordaron el juez y el fiscal y le anticiparon que muy pronto comenzaría la catarata de arrepentidos y que no había sortijas para todos. Nunca se molestó en contestar. Esperaba que algún día lo apalearan y tal vez ese Arancibia estuviese allí para eso. La reja que los separaba podía no estar asegurada, en fin, lo de siempre.

—¡No seas perseguido! —dijo Arancibia y emitió un gruñido—. Vengo en son de paz.

—No te ofendas, pero aprendí el juego y la primera regla es la desconfianza.

—Hacés bien en desconfiar, pero no te olvides de la segunda regla.

—¿Y cuál es?

—Aguzá los sentidos, observá, escuchá. No perdés nada oyendo los consejos de los otros desgraciados que vivimos en la tumba. Es posible que la mayoría te quiera cagar, pero algunos te van a ayudar.

Salvatierra se dejó caer al lado de la reja intentando ver la silueta oscura tendida en el camastro. Por cómo hablaba parecía un tipo inteligente y probablemente culto. Se topó con varios así durante esos meses oscuros y le fueron de ayuda.

—¿Cuál es tu consejo? —Nada se perdía con preguntar.

—No conozco tu caso salvo por lo que dicen en los medios y eso siempre es mitad verdad y mitad mentira. —El hombre se sentó. Una sombra imponente se recortó en la oscuridad, pero el empresario no podía ver su rostro ni escrutar sus expresiones. Debía guiarse por las inflexiones de su voz. —Solo puedo hablar en general. Siempre hay un ABC.

—¿Y cuál es?

—Los mismos hechos, cualesquiera, siempre admiten varias interpretaciones. Y también ocurre con las pruebas.

—Bueh, descubriste la pólvora.

—Pará. No seas ansioso.

—Dejame pensar en voz alta —dijo Salvatierra ya más relajado. El otro siguió con la lección.

—Te hago una pregunta: ¿quién conoce mejor tu caso? Y me refiero a todo el caso. Lo que hay, lo que no hay, lo que puede aparecer. Lo que de verdad pasó, lo que no pasó pero podría llegar a colar por cierto. —Se acercó un poco a la reja—. ¿Quién? ¿Quién es?

Salvatierra alcanzó a entrever el dibujo de sus facciones. Los ojos reflejaban algo del resplandor que rebotaba desde el pasillo y se colaba por las hendiduras; podían ser de cualquier color, pero a él le parecieron negros como el pelo voluminoso que orlaba su rostro.

—Yo, por supuesto —respondió—. Nadie más que yo.

—¿Y entonces? —Arancibia se acercó y lo miró fijo, con los ojos desorbitados. Pudo distinguirlos, eran negros y amenazantes.

—¿Entonces qué?

Se acercó más y le golpeó suavemente la cabeza con los nudillos.

—Estás un poco lento, Oscar.

Salvatierra pensó unos instantes.

—¡El rompecabezas! ¡El rompecabezas!

—Muy bien, hombre. Muy bien. —Arancibia se relajó y volvió a la litera. Se sentó—. Vos sos quien mejor puede armar el rompecabezas. Si sos inteligente, lo que digas va a encajar con las demás piezas, con todas las piezas. No importa si es mentira o verdad siempre que digas lo que quieren escuchar. Va a encajar y los imbéciles de allá afuera te van a empezar a mimar. Primero un periodista, después otro, cuando te quieras acordar algún fiscal dirá que sos un ejemplo, una inteligencia antes desperdiciada que gracias a gente como él se encamina hacia la luz. Y si no fijate lo que pasa con ese arrepentido que anda paseándose por la televisión y que declara en cualquier causa como un comodín. ¿Te pensás que dice la verdad? —Rio otra vez, resignado—. Dice lo

que se espera de él y sabe juntar las piezas del rompecabezas. Si aprendés el juego, te vas a ahorrar muchos años en la tumba.

Andrés Balaguer abandonó el edificio por una puerta de las de atrás, enfundado en un traje impecable de lana fina, el rostro cubierto por unas gafas negras de carey y una bufanda de seda que le tapaba media nariz. Apuró el paso por el sendero que lleva a la calle lateral y debió esforzarse para resistir la tentación de un choricán que lo llamaba desde un puestito improvisado sobre la vereda de tierra. Siguió camino hacia la Avenida de los Inmigrantes en busca de un taxi; sobre Comodoro Py ya no circulaban y tampoco los colectivos, y los caminantes se arriesgaban a ser aplastados por camiones o grúas de construcción.

Le tocó en suerte un viejo Peugeot con los asientos forrados de una lona transparente y sucia. En la radio comenzaba el resumen de noticias, unos detenidos habían sido liberados, decía el locutor; allí, a unos pocos metros, en el edificio del que Balaguer acababa de salir. «En este país nadie va en cana», vociferó el taxista arrugando la frente. «Por eso estamos así, ¿no Doc?» «Tiene razón, no tenemos salida», respondió el juez federal para decir algo y evitar una de las discusiones más trilladas y aburridas. Después de las noticias y los anuncios, dos periodistas teorizaban sobre un par de casos de corrupción, «la justicia no hace nada» fue la conclusión y el taxista maldijo una vez más. El país estaba condenado al fracaso y era incomprensible que si él se daba cuenta (un simple taxista sin estudios secundarios) no lo advirtieran los políticos y los jueces y no lo compusieran de una vez y para siempre. Balaguer asintió mientras observaba a dos motoqueros que zigzagueaban como suicidas entre los autos que se movían como peces nerviosos e imprevisibles. «Me parece que lo dejo acá, Doc», apuntó el chofer señalando la fila de autos detenidos desde hacía varios minutos. Quince manifestantes encapuchados habían cortado la avenida Leandro Alem y no se podía avanzar mucho más. «Perfecto, gracias», respondió el juez y pagó. Solo quedaban unas cuerdas para llegar al estudio donde lo esperaba Antonio Mauad.

Caminó con la cabeza gacha, observando con disimulo a su alrededor. Desde aquel fatídico día cuando lo convocó el ministro

de Justicia a un subsuelo del ministerio, supo que debía cambiar algunos de sus hábitos. Era blanco fácil en su automóvil oficial, si usaba el smartphone como cualquier persona normal, si hacía lo que los jueces federales solían hacer. Por eso cuando de verdad quería ocultar sus pasos prefería caminar, pegar un par de rodeos, apagar el celular.

El estudio Mauad & Kleiman, enclavado en el centro porteño, servía de refugio a quienes precisaban de anonimato. Miles de personas caminaban apuradas a la hora del almuerzo, aprovechando cada minuto antes de volver a trabajar; había colas en los cajeros automáticos y quioscos, gente sentada en los bancos o en el césped de las plazoletas comiendo un sándwich o una ensalada. El edificio contaba con un acceso discreto por otra calle de la misma manzana. Era un garaje al que se podía ingresar caminando y desde allí conectar con las cocheras del edificio del estudio. En pocos minutos y antes de hora Balaguer se apareció allí, agotado, como si hubiese llegado al galope.

Apenas pisó la recepción la secretaria lo llevó sin ceremonia a la oficina de Mauad, donde quedó solo a la espera de que el abogado terminara una llamada en otro despacho. Balaguer se arrojó en uno de los sillones y respiró hondo. Estaba seguro de que Mauad tenía todo calculado, dejarlo allí un rato para relajarse y respirar fuera de ese ambiente claustrofóbico de Comodoro Py. Mauad debería saber de su paranoia, ¿debería? Por algo era el mejor, pero ¿lo era?

Cerró los ojos, respiró hondo y dejó que el rostro de Paula le hablara como en un sueño. Lo contemplaban esos ojos penetrantes y escurridizos que hasta ella consideraba de un color indefinible; pero él sabía su color; solo él. El rostro irreprochable se mecía regalando gestos que le derretían el alma, ondeando el pelo sedoso, negro y con chispas rojizas, que acariciaba con suavidad la piel de la espalda, erguida y desafiante. A veces, cuando se sentía abrumado de pensamientos hostiles, discaba al número que ella nunca atendía, tan solo para oír su voz en el contestador. Lamentablemente la veía poco. La parte gruesa de su vida se la llevaban el trabajo, al que dedicaba diez horas diarias, y un puñado de deslices, algunos ilegales, en los que persistía cuando quería demostrarse más escurridizo y astuto que sus perseguidores.

Tal vez inconscientemente buscaba ser descubierto, que estallara un escándalo con drogas y mujeres y que todo llegara a su fin. Ya no quería vivir más esa vida. Estaba decidido a cambiarla y por eso estaba allí.